

Traspasóse de dolor,
atajando el desconsuelo,
para atormentarle más,
llanto y suspiros sin seso.
Se entró por entre esas selvas,
donde entre riscos soberbios,
ó intentará precipicios,
ó fieras le habrán deshecho.
Satisfechas tus venganzas,
ya puede el dolor paterno
las exequias funerales
fiar á los sentimientos.
Aquí si pueden los ojos
sufrir del Scita fiero
espectáculo tan triste,
está el teatro funesto

(Descubre á Doña Leonor, ya difunta, y á Diaguito ensangrentado.)

en que la ciega fortuna
tragedia eterniza el tiempo
para escarmiento de amantes,

GARCÍA. y este es el acto postrero.
Cerrad las puertas, dolor,
al alma; ahóguese dentro
de sí misma, no la alivien
llantos ni suspiros tiernos.
¡Ay, Leonor! nunca tomaran
tan á su cargo los cielos
agravios de un padre airado;
venganzas de un triste viejo.
No hay vida que tanto sufra;
muramos ya y acabemos
de una vez desdichas tantas.
MARÍA. ¡Ay, Manuell ¡Ay, caro Diegol
¡Ay, mal logros de mi amor!
JUAN. Mármol soy, absorto quedo,
estatua en la admiración
de puro sentir no siento.
A espectáculo tan triste
eche Timantes el velo
y sirva en la compasión
de escarmientos para el cuerdo.

LA REPÚBLICA AL REVES

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

IRENE, Emperatriz.	ANDRONIO, caballero.
CONSTANTINO, su hijo.	MACRINO, secretario.
CAROLA, Infanta.	DOS CRIADOS.
LIDORA, dama suya.	TARSO, pastor.
MELISA, pastora.	DINAMPO, pastor.
FLORILO, pastor.	DAMÓN, alcalde.
ITALIO, pastor.	CLODIO, galán.
HONORATO, senador.	LISO, pastor.
CUATRO GUARDAS.	EL REY DE CHIPRE.
UNOS PRESOS.	RELATOR.
CAMILA, criada.	LA FORTUNA.
ROSELIO, Infante.	UNOS CAZADORES.
LEONCIO, camarero.	SOLDADOS.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen marchando soldados, y detrás de ellos IRENE,
armada con bastón y corona de Emperatriz.

IRENE. Cesen, griegos, las trompetas;
cesen las cajas también;
haced los pífanos rajás
y los clarines romped;
abatid los estandartes
y no los enarboléis,
que el placer de mis victorias
ya es pesar y no placer.
¡Ay, Constantinopla ingrata,
patria á tus hijos cruel!
¿este es mi recibimiento?
¿este el triunfo imperial es?
¿Así mis hazañas pagas,
cuando entrar en ti pensé
sobre el victorioso carro
entre el bélico tropel?
¿Cuando entendí que el senado,
debajo el palio y dosel
me llevara á Santa Sofía

yo á caballo y él á pie,
y adornando tus paredes
de damasco y brocatel,
tus calles, de flores llenas,
fueran calles de un vergel?
¿Ahora, cuando aguardaba
recibir el parabién
de tantos reinos ganados,
tantos cetros á mis pies;
ahora, senado ingrato;
ahora, griego sin ley,
el Imperio me quitáis
porque mi hijo goce de él?
Yo le quiero coronar,
pues vosotros lo queréis,
descubra su excelso trono
el imperial sumiller,
y ruego al cielo que os rija,
vasallos griegos, tan bien,
que defienda vuestro Imperio
sin que me hayáis menester.

(Tocan música, descubren una cortina
detrás de la cual estará, debajo de un do-
sel, Constantino, y á sus lados, y en pie,
Leoncio, Andronio, Macrino y otros. A un
lado, en una mesilla, estará, sobre una
fuente de plata, la corona, el estoque y el
mundo.)

ESCENA II

CONSTANTINO, LEONCIO, ANDRONIO y MACRINO.—
DICHOS.

CONSTAN. Injustas quejas has dado, madre, en aquesta ocasión al griego Imperio y Senado que muestran el ambición con que el mundo has gobernado. ¿Qué mayores quejas dieras si, cuando á Grecia vinieras triunfando con regocijo, en vez de imperar tu hijo un extraño imperar vieras? ¿Tan mal, madre, galardona el Imperio tu persona, si el día que entras triunfando á tu hijo le está dando del Imperio la corona? Basta, que tu desatino (que este nombre ha de tener) á vituperarme vino; Semíramis querrás ser y hacerme á mí infame Nino. Porque mientras que atropellas bárbaros y cuerpos huellas con guerra que el mundo abraza me quede encerrado en casa hilando con tus doncellas. Hijo tienes que ya alcanza en la milicia alabanza; holandas, madre, dibuja; que á la mujer el aguja le está bien, mas no la lanza.

IRENE. Si hombre en el Imperio hubiera, Constantino, que hasta ahora le amparara, Irene fuera Penélope tejedora, no Semíramis guerrera. Mas si cuando el Persa vino las telas del raso y lino con oro y perlas bordara, ¿quién sus escuadras echara del Imperio, Constantino? Los hombres no, que en regalos y femeniles placeres, por huir sus intervalos hilaran como mujeres y fueran Sardanapalos.

(Tocan música y sube á coronarle Irene; pónete la corona en la cabeza.)

Hágate Dios gran Monarca, y tanto, que este laurel ciña lo que el Sol abraza, y triunfes del moro infiel sin que lo estorbe la Parca.

(Dale el estoque.)

Toma aqueste estoque agudo que hoy te ofrece, Emperador, tu Imperio, limpio y desnudo, en señal que en su favor has de acudir como acudo. Dátele limpio y derecho por que en ninguna ocasión, si has de ser juez de provecho, le ha de manchar la pasión

ni ha de torcerle el cohecho. Si por dádivas le sueltas vivirás con mil fevueltas, que el juez que por interés tuerece la justicia es espada con muchas vueltas. La cruz de este estoque mira, y verás salir á luz un consejo que me admira; siempre has de mirar la Cruz cuando estuvieres con ira; que su piadosa presencia amansará tu violencia, y fué invención extremada poner juntas en la espada la justicia y la clemencia.

(Dale el mundo.)

Toma este globo, en quien fundo tu Imperio, y serás gigante, ó nuevo Alcides segundo, pues, cual si fueras Atlante, te han cargado todo el mundo. Siempre has de vivir así, la espada desenvainada junto al mundo que te di, porque en dejando la espada te dejará el mundo á ti. Quiero decir que es en vano el librar de algún tirano tu Imperio si te desarmas, que el reino que está sin armas deslízase de la mano. Tenlo bien, siendo prudente, que con la prudencia sola gobernarás bien tu gente, porque como el mundo es bola rodaráse fácilmente. La Cruz que ves de ese modo es la ley de Dios, y estima su ley, á que te acomodo, que por aqueso está encima, porque Dios es sobre todo. Con tres cruces galardona el Imperio tu persona, y cada cual es pesada; púsote cruz en la espada, en el mundo y la corona. Ruego al cielo que no des, cuando rueda la fortuna, con tanta Cruz al través, que si Dios cayó con una, ¿que harás tú llevando tres?

CONSTAN. Cesa, madre, de agorarme, si no quieres enojarme, que yo me sabré tener, y cuando venga á caer será para levantarme. Constantino soy, mi nombre dice constancia; resiste tu temor y no te asombre, que pues que tú te tuviste, yo me tendré, que soy hombre. Vamos, amigos, que presto veréis á mis plantas puesto, sin temor de enojos vanos, el mundo que está en mis manos.

ESCENA IV

LEONCIO. Voces dentro.

Mundo, en tierra os han dejado: ¿cómo estáis tan despreciado? Con honra poca os reciben; mas no es mucho que os derriben por los que habéis derribado. ¿Levantaréis, mundo? Sí, que aunque pagáis mal, me fundo en levantaros, venid; mas pues os levanto, mundo, levantadme vos á mí. Pero si he de caer luego, dejadme así, mundo ciego, que será el subir trabajo si me habéis de echar abajo.

VOZ. (Dentro.) Leoncio, Emperador griego. (Abrese el mundo en cuatro partes, y de en medio sale una mano con una corona de laurel.)

LEONCIO. ¡Cielos! El mundo se ha abierto y una mano sale de él que, haciendo mi temor cierto, me da el imperial laurel. ¿Sueño? No, que estoy despierto. Buenas señales son éstas, si no se vuelven funestas; vamos, que quiero pagaros, mundo, este bien con llevaros, aunque sois pesado, á cuestras. (Vase.) (Suena ruido de desembarcar. Dicen de dentro.)

MARINERO 1.º

¡Chiprel

MARINERO 2.º

¡Constantinopla!

TODOS.

¡Grecia! ¡Grecia!

MARINERO 3.º

Echa á tierra la puente y pasadizo.

ESCENA V

(Salen por una puerta CONSTANTINO, LEONCIO, ANDRONIO y MACRINO; por otra parte echan desde la popa de una galera un pasadizo al tablado, y bajan por él CAROLA, la infanta; LIDORA, dama; ROSELIO, su hermano, y otros.)

CONSTANTINO.

Palafrenes traed, caballero, para la Infanta y damas.

ROSELIO.

¡Qué bien precia esta ciudad el mundo, y qué bien hizo el magno Constantino en ilustrarla y con su nombre, imperio y silla honrarla!

CAROLA.

Famoso puerto y espaciosa playa: no es tal la de mi patria Famagusta.

Mas ¡válgame Dios!, ¿qué es esto?

(Levántase y al bajar cae en tierra con el estoque que se le quiebra, el mundo y la corona.)

Caí en tierra y la espada se me quebró.

IRENE. Mi recelo aumenta la suerte airada.

LEONCIO. La corona dió en el suelo, y el mundo.

CONSTAN. No se os dé nada, que á tanta soberbia vuelo que si con caer no diera, señal que me basta el suelo, guerra al mismo cielo hiciera hasta conquistar el cielo.

IRENE. Diversa interpretación adivina el corazón; ahora bien: yo determino irme á vivir, Constantino, á una aldea y recreación que dos leguas de este espacio está, donde en su floresta seré, viviendo despacio, si hasta aquí Belona, Vesta, que ya me enfada el palacio; y dando á Marte de mano, imitaré á Diocleciano, que tuvo por vituperio la púrpura del imperio hecho en Dalmacia hortelano.

CONSTAN. Bien haces, anda con Dios, que allí podrá tu viudez descansar.

IRENE. Trono, de vos caí en tierra una vez y no quiero caer dos. En vos me vi entronizada, mas caí por ser pesada, y es milagro asiento falso que, cayendo de tan alto, no salgo descalabrada.

CONSTAN. ¿Vaste?

IRENE. Aguardo á que me des los brazos.

CONSTAN. Adiós, que es tarde; acompañadla los tres.

IRENE. Dios, griego imperio, te guarde, que vas á dar al través. (Vase.)

ESCENA III

Salen dos CRIADOS.—DICHOS, menos IRENE.

CRIAD. 1.º Una flota entra en la barra y alegre en el puerto amarra, dando al viento los grumetes, flámulas y gallardetes.

CONSTAN. A ocasión vendrá bizarra, si es mi esposa, que ella sola aguardo.

CRIAD. 2.º Griego monarca, la bella infanta Carola en el puerto desembarca.

CONSTAN. ¿Mi esposa es? ¡Caballos, hola! (Vanse todos si no es Leoncio, y quéda-se el mundo en tierra.)

ROSELIO.
Dudo que igual en toda Europa la haya.
MACRINO.
Ya está en tierra la que ha de ser Augusta.
ROSELIO.
El César viene.
CAROLA.
¡Ay, Dios! aquella saya compón, Lidora, presto; el cuello ajusta.
LIDORA.
Todo está bueno, no llegues á ello.
CAROLA.
¿Y el tocado?
LIDORA.
También.
CAROLA.
Mira el cabello.
CONSTANTINO.
Deme su mano vuestra gran belleza.
CAROLA.
Más razón, gran monarca, es que yo pida la vuestra.
CONSTANTINO.
¿Cómo viene vuestra Alteza?
CAROLA.
Para serviros, vengo agradecida al mar, que en paz á ver vuestra grandeza me trajo.
CONSTANTINO.
Quedará la mar corrida de que la tierra, bella Infanta, os cobre, pues sin vuestra belleza queda pobre.
ROSELIO.
Envidiosa á lo menos justamente puede estar del favor que con vos gana, invicto Emperador de todo Oriente, á sus orillas mi dichosa hermana; y por la mucha parte que al presente me cabe de merced tan soberana, los pies os beso, Emperador Augusto.
CONSTANTINO.
Roselio, Infante, alzá.
ROSELIO.
Aquesto es justo.
CONSTANTINO.
¿Dejaste con salud al Rey?
ROSELIO.
Con ella para serviros queda.
CONSTANTINO.
¿Y á Ariodante?

CAROLA.
El Príncipe, mi hermano, se querella de que haya coyuntura semejante para os servir y ver, y que con ella le detenga mi padre.—Levántale, Lidora.
(Cáesele un guante, levántale Lidora, dásele de rodillas, y túrbase Constantino en verla.)
CONSTANTINO.
¿No hay criados aquí? Dejad, señora; del suelo os levantad, y...
LEONCIO.
¿No oyes esto?
¿No miras cómo el César se ha quedado?
ANDRONIO.
Tiene la dama garabato y gesto picante.
LEONCIO.
Y aun el alma me ha picado.
CAROLA.
¿Qué accidente, señor, ha descompuesto vuestro semblante así? ¿Qué os ha turbado?
CONSTANTINO.
¡Válgame el cielo! ¡Que un mirar suave suspenda el alma y sus sentidos trabé! ¿No es bueno que al momento que me vieron aquellos ojos cuya luz me abrasa dió un vuelco el corazón y suspendieron sus actos mis suspiros? Lo que pasa á los que ayuda al homicida dieron, que entrándole á buscar el juez, la casa trasiega toda, de ese mismo modo me ha trasegado amor el pecho todo.
CAROLA.
¿No me diréis, señor, qué os ha turbado?
CONSTANTINO.
No sé á fe; un accidente sentí ahora que me inquieta, algo que...
CAROLA.
¿Y hase aliviado?
CONSTANTINO.
Un poco estoy mejor; venid, señora, que mientras mi imperial Corte y Senado estatuas os levanta y arcos dora, y la entrada magnífica os previene, fuera de la ciudad que estéis conviene. Mi palacio de monte es maravilla de toda Grecia, y sus jardines bellos distan de la ciudad sola una milla; á los de Chipre olvidaréis en ellos, sus cercas besan de la mar la orilla. (Y yo tengo de ser, si llego á ellos, Tarquino de Lidora, si es Lucrecia, aunque se pierda como Roma Grecia.)
CAROLA.
Como yo viva en vuestra compañía, de Chipre olvidaré prados y huertos,

que sois emperador del alma mía, y así con vos son Chipres los desiertos.

CONSTANTINO.

¡Ay sol hermoso de mi obscuro día; de mi muerte verás indicios ciertos si no te gozo!

CAROLA.

O yo soy desdichada, ó estáis malo, señor, ¿qué habéis?

CONSTANTINO.

No es nada.

Venid, Infante. Apreste Grecia fiestas en mi casa del monte, que á mi esposa festejen.

CAROLA.

Todas me serán molestas hasta que de esa suspensión penosa la causa sepa.

CONSTANTINO.

Amor, hoy manifiestas la fuerza de tu mano poderosa. ¡Ay Leoncio!

LEONCIO.

¿Qué tienes?

CONSTANTINO.

¿No es Lidora mejor para imperar que su señora?

LEONCIO.

Mucha belleza tiene, mas no es tanta que merezca, señor, ser preferida á la Infanta.

CONSTANTINO.

¿Qué dices á la Infanta?

Al sol de quien recibe su luz vida. Emperatriz la haré.

LEONCIO.

Si así te encanta, gozarla puedes, sin que aqueso impida el imperar tu esposa.

CONSTANTINO.

¿Es vituperio, que á quien el alma doy la dé mi Imperio? Ya aborrezco, Leoncio, vive el cielo, la hermosura que alabas en Carola.

LEONCIO. (Ap.)

Y á mí, con ser el corazón de hielo, le ha bastado á encender Lidora sola.

CONSTANTINO.

¿Qué dices?

LEONCIO.

Que te dió hechizos recelo.

CONSTANTINO.

Dices verdad; vió el alma y hechizóla. Vamos, señora.

LEONCIO.

Si esta pasión dura, la vida he de perder por su hermosura.

ESCENA VI

Salen DINAMPO, FLORINO, TARSO y MELISA, pastores.

DINAMPO. Mi parecer es de viejo.
¿La Emperatriz all aldea?
Que muy bien venida sea; haga fiestas el Concejo.
TARSO. ¿Por qué es la fiesta?, ¿quién viene al pueblo?
FLORINO. La Emperadora.
TARSO. ¿Cuándo?
FLORINO. Luego.
TARSO. ¿Agora?
FLORINO. Agora.
TARSO. ¿Que la Emperatriz Irene viene? Pues ¿á qué?
DINAMPO. A vivir, en su casa de pracer.
TARSO. ¿Y el Imperio?
DINAMPO. Era mujer y no le pudo sufrir.
TARSO. Pesa mucho; ¿mas en quién le renunció?
DINAMPO. En Constantino.
MELISA. ¡Oh, qué grande desatino!
TARSO. Plegue á Dios que lo haga bien.
FLORINO. Diz que es un disparatado.
TARSO. Dejemos esto y vení, que pues ella viene aquí he de ser muy su privado.
DINAMPO. Luego, ¿conóceos?
TARSO. Sí, á fe.
DINAMPO. Pues haráos mucho servicio.
FLORINO. Buena vida.
TARSO. Será vicio; con ella me entretendré. (Vanse.)

ESCENA VII

Salen LIDORA y CONSTANTINO.

LIDORA.

Tu Alteza, invicto César, se reprima (1); que aunque es de mucha estima que el augusto me tenga amor, no es justo, ni conviene, que quien á servir viene, se prefiera á su señora.

CONSTANTINO.

Espera, por el cielo, que de mi fuego, es hielo su presencia.

(1) Nótese el artificio de estos versos; que consiste en que todos consueñan en su sílaba séptima con la última del que le antecede, en esta forma.

Tu alteza, invicto César se reprima que aunque es de mucha estima que el augusto me tenga amor, no es justo, ni conviene que quien á servir viene.....

Sin embargo, leídos á la ligera, parecen endecasílabos sueltos. Mucha facilidad debía tener Tarso, para imponerse voluntariamente tan poco lucidas dificultades.

LIDORA.

Más muestra la experiencia que le abrasa, pues tan presto se casa vuestra Alteza; porque, si su belleza le enfriara, claro está que aguardara que en la corte, pues no hay para qué importe que sea ahora, le diera mi señora como esposa la mano generosa. Mas pues veo que le obliga el deseo á que en un monte y desierto horizonte dé la mano á mi señora, es llano que le aflige la dilación, y elige lo más breve por mejor; que á ser nieve, no se diera tal prisa; que el que espera, cuando arde todo lo juzga tarde y, si aborrece, un siglo le parece que es instante.

CONSTANTINO.

Cuando alzastes el guante que me diste, y viéndoos yo, rendistes mis suspiros; por no verse perdidos previnieron el remedio que vieron conveniente; y como amor ardiente se repara con otro amor, gustara que este medio sirviera de remedio. Remediarme quise con desposarme, porque he oído que entre esposa y marido amor desnudo hace un sabroso nudo. Desposéme, aborrecí, y heléme tan helado, que aunque no la he gozado, ya me siento con arrepentimiento de lo que he hecho. El tálamo y el lecho que me espera esta noche quisiera se abrasara. Si yo á Carola amara, ¿de qué modo á vos, Lidora, toda el alma diera? La llama verdadera, y el perfeto amor, sólo á un objeto se termina, sólo á un blanco se inclina su sentido; que el amor repartido no merece nombre de amor, ni ofrece amor sus leyes tan capaces...

LIDORA.

Los Reyes, griego augusto, tienen muy ancho el gusto y apetito: nunca tiran á un hito solamente; en su amor aparente hay la mudanza, que en su misma privanza venlo todo, y el ver como es de modo, que de él nace cuando el objeto aplice el desearlo y es fácil alcanzarlo, porque adquieren los Reyes cuanto quieren; sus empleos son como sus deseos: pues ¿qué mucho, si á la experiencia escucho, esta certeza que quiera vuestra Alteza á mi señora la Emperatriz y ahora juntamente á mí obligarme intente?

CONSTANTINO.

Bien arguyes, pero no me concluyes; porque entiendas que tus hermosas prendas sólo han hecho tributario mi pecho y á ti sola, despreciando á Carola, estimo y quiero, esta noche prefiero tu hermosura á la suya; procura que entretanto que con su negro manto está la noche

del transparente coche desterrada goce el alma abrasada tu belleza; que tú serás cabeza de mi imperio, y en dulce cautiverio presa el alma que tienes puesta en calma; haré que el orbe, sin que la envidia estorbe dichas tantas, se postre á aquehas plantas; tu señora te servirá, Lidora, y aunque sea Emperatriz, no crea ningún hombre que lo es más que en el nombre.

LIDORA.

¡Qué abundante que promete un amante pretendiente, y qué apocadamente cumple luego que se aplacó su fuego! No harás nada; quedaréme criada, pobre y sola, y Emperatriz Carola; muy mal labras tus gustos con palabras, pues son viento. En cumpliendo tu intento seré necia y fea; la que precia el primer fruto es cuerda y da tributo al yugo tierno del sacramento eterno, que al fin dura.

CONSTANTINO.

La perfecta hermosura nunca enfada; mas después de gozada, si es perfeto el amor, más sujeto está el amante, más firme, más constante y apacible; ¿no es siempre apetecible lo que es bueno?

LIDORA.

Lo bueno como bueno, es gran regalo; pero en razón de malo mala cosa.

CONSTANTINO.

¡Ay mi discreta hermosa que me vences cada instante y convences! Yo te adoro, y aunque el bello tesoro de tus brazos con violentos abrazos hoy pudiera forzarle si quisiera, no me agrada la voluntad forzada, y al contrario el amor voluntario me combate; de remedio se trate, que me abraso, mi sol, mi luz, mi fe.

LIDORA.

Paso, Constantino.

CONSTANTINO.

Si me amas, determino hacer que Oriente dé perlas á tu frente y cuanto abarca; serás griega monarca y Reina sola; mandarás á Carola.

LIDORA.

¡Oh interés loco! venciste poco á poco, mucho puedes; cazáronme tus redes.

CONSTANTINO.

¿Correspondes á mi amor? ¿Qué respondes?

LIDORA.

Que, pues fuerza

no me has hecho, me fuerza no haberla hecho á que dentro del pecho te reciba.

CONSTANTINO.

¡Viva Lidora, viva tu hermosura! ¡ya es cierta mi ventura!

LIDORA.

El cómo traza, y adiós, que me embaraza la venganza; (1) ¿qué habrá en el mundo que interés no venza? (Vase.)

ESCENA VIII

CONSTANTINO.

Sansón, ¿qué vale cuando al campo sale con las puertas á cuevas que de Gaza arranca fiero, si una mujer traza que en la tahona, ciego, á un bruto iguale?

¿Qué vale Alcides con amor; qué vale cuando leones vence y despedaza, si vuelta ruela su invencible maza á hilar le obligan el amor y Onfale? Sardanapalo, no tuvo vergüenza cuando sentado cual mujer le vieron descenirse la ruela por regalo. ¿Qué mucho, pues, que una mujer me venza, no siendo yo más fuerte que lo fueron Sansón, Alcides y Sardanapalo?

ESCENA IX

CONSTANTINO Y LEONCIO.

LEONCIO.

¿Yo competencia á un César? ¿Yo á su dama amor? Cielos, ¿qué es esto? Mas que importa que compita en amar, si en el imperio compito? ¿Una voz dulce no me ha dado nombre de Emperador? Pues si pretendo lo más, que es el imperio, ¿qué milagro que pretenda lo menos, que es Lidora? Mas ¡ay! vana ambición, déjame un poco, que temo que me quieres volver loco.

CONSTANTINO.

¡Leoncio!

LEONCIO.

Gran señor.

CONSTANTINO.

Ya dió Lidora el deseado sí de mi esperanza; el tálamo aprestado aquesta noche para Carola, quiero que lo ocupe la Venus Cipria que me abrasa el alma.

LEONCIO.

¿Qué escucho, cielos? Pues, señor, ¿tú esposa?

(1) Así en el original y en la reimprisión de D.^a Teresa de Guzman; pero es claro que Tirso escribió «vergüenza» consonante de «venganza».

CONSTANTINO.

No me la nombres; volveráse á Chipre con su padre.

LEONCIO.

¿Qué dices, gran Monarca? Hoy te acabas de desposar con ella, ¿y quieres con afrenta tan notable que á su padre se torne?

CONSTANTINO.

Pues ¿qué agravio le puedo hacer, si antes de gozarla á su padre la vuelvo?

LEONCIO.

Dirá el mundo mil oprobios de ti, y el Rey, su padre, podrá con justa causa hacerte guerra. Mira, señor, que tienes en tu Corte á Roselio, su hermano, y que en sabiendo el agravio que hacerle determinas incitará á su padre á la venganza.

CONSTANTINO.

Poco importa, que echándole de Grecia y ocupándole lejos en la guerra no sabrá mis intentos. El ejército que está en Egipto contra el Soldán turco no tiene Capitán general, quiero con este cargo honroso desterrarle y hacer que allá le den veneno ó muerte, quitaremos de en medio aqueste estorbo. Otra dificultad hay mayor que ésa, que es el estar mi madre viva y libre, y temo que si ve mis desvarios ha de quitarme libertad é imperio; que la adoran de suerte los soldados de toda Grecia, que me dicen lloran por verla del Imperio retirada. Pero si con prenderla quedo libre, prenderéla.

LEONCIO.

¿Qué dices?

CONSTANTINO.

Pues ¿es mucho que por asegurar mi gusto, prenda á mi padre, mi madre y mi linaje? De aquesta suerte viviré seguro. Tomaré por achaque de prenderla que levantarse quiso. Llama á Andronio y haz que á mi madre ponga en una torre, y toma aquesta llave de mi cámara, y engañando á Carola, haz que á Lidora en su lugar aquesta noche goce, que yo voy luego á despachar á Egipto á Roselio; que importa que se parta para quitar estorbos á mi gusto. (Vase.)

ESCENA X

LEONCIO.

¡Ay ciego Emperador! ¡Ay loco Augustol! No querrá el cielo ni mi amor que goces

aquesta noche á quien el alma he dado.
La llave de su cámara es aquesta,
yo haré que entienda ser Lidora hermosa
la que le aguarda en su lasciva cama,
cuando á acostarse vaya, y que esté en ella
la pobre Emperatriz que ya aborrece;
que yendo á obscuras con silencio mudo,
creyendo que es Lidora la que aguarda,
no se sabrá mi provechoso enredo
y yo á Lidora gozaré con nombre,
esta noche, del César Constantino.
Buena traza es ésta si se logra;
yo voy á ejecutarla, aunque la vida
pierda, que por tal prenda es bien perdida.

ESCENA XI

Salen FLORILO, DINAMPO, ITALIO y TARSO, pastores; y
MELISA, y detrás de ellos IRENE, la cual se sienta.

TARSO. Perdone la cortedad
de vuestro pruebo grosero
su mercé, y mire primero
que al don á la voluntad.
Que á ser tan rica como ella
con tales veras mostrara
su amor, que se aventajara
á todo el imperio en ella.
Alcalde, Concejo y gente
del pueblo, á su señoría
un pobre presente envía;
pero basta ser presente.
Seis mozas en delantera
van compuestas y garridas,
que en seis fuentes escogidas
de la más limpia espetera,
llevan cubiertas de flor
rosas y tortas cuajadas
de miel, que fueron masadas
hoy por la del herrador.
También llevan confitura
poca, porque cara cuesta,
que ayer compró media cesta
en Constantinopla el cura.
Luego se siguen seis mozos,
los más apuestos y ricos,
todos con nuevos pellicos
y todos con rubios bozos,
que andando con pasos graves
llevan de palos pendientes
mil regalos diferentes
de conejos, liebres y aves.
Tras ellos van cien cabritos
de mil colores y modos,
unos más que el ampo todos,
otros de manchas escritos,
que llevan en medio de ellos
dos terneras señaladas,
con campanillas doradas
de los arrugados cuellos.
Después van doce zagales
con otras tantas doncellas,
cargados ellos y ellas
de requesones, panales,
quesos que el tiempo conserva,
cuajada, natas, mantecas,
y frutas verdes y secas,

hasta el níspero y la serva.
Todo aquesto humilde ofrece
el lugar á su mercé:
pobre en obras, rico en fe,
que es lo que más le engrandece;
y yo un alma le presento,
contenta ahora sin tasa,
tan ancha como la casa
que le ha de dar aposento.
MELISA. ¡Qué bien lo ha despotricado
el diablo!

DINAMPO. Como discreto.
FLORILO. Basta ser poeta.
DINAMPO. Poeta
diréis, que es hombre y barbado (1).
IRENE. Yo estoy muy agradecida
al lugar por el cuidado
que en regalarme ha mostrado,
y gusto de mi venida.
Y en pago de este presente
que aqueste lugar me ha hecho,
os hago francos de pecho
por veinte años.
DINAMPO. Otros veinte,
¿veinte dije? veinte mil
tenga de vida y salud
su merced.
IRENE. En la quietud
del campo que viste Abril
sí tendré, que en el palacio,
donde la ambición se bebe,
la más larga vida es breve.
TARSO. Acá vivimos despacio.
IRENE. Pues, Tarso, ya ha muchos días
que no nos vemos.
TARSO. Después
que pisaron vuestros pies
imperios y monarquías
y os ausentásteis de aquí
no os he visto.
IRENE. Pues ¿por qué?
TARSO. Porque en la corte pensé
que os olvidárais de mí.
Muda el mandar la costumbre
y la púrpura imperial
no hace caso del sayal;
estábades en la cumbre,
¿quién había de subir
tan alto á habraros? Acá
más tiempo y lugar habrá.
MELISA. Ahora la he de pedir
que me quieras por justicia,
veremos si esto aprovecha.
TARSO. No, Melisa; que sos hecha
como casa á la malicia.

ESCENA XII

Salen ANDRONIO y otros, en cuerpo.—DICHOS.

ANDRON. Aquí dicen que ha de estar,
trocando en florido campo
el campo armado.

(1) Como siempre que TALLEZ emplea los nombres
pastoriles de Tarso y Tirso suele referirse á sí mismo.
Muchas veces se considera ó llama sacristán para in-
dicar además su profesión.

FLORILO. Dinampo:
soldados en el lugar.
DINAMPO. ¿Qué diabros querrán agora?
que si nos echan soldados
no hay mujeres ni ganados.
IRENE. ¿Qué es esto Andronio?
ANDRON. ¡Señora!
IRENE. Ya comienzo á agradecer
la lealtad que habéis tenido,
pues el primero habéis sido
que me haya venido á ver.
¿Qué tenéis? ¿Qué os entristece
y os hace enjugar los ojos?
¿Qué hay de nuevo?
ANDRON. Mil enojos,
señora, que no merece
vuestra Alteza.
IRENE. ¿A qué os envía
á mi casa, Constantino?
Que en veros así adivino
alguna desgracia mía.
ANDRON. Sabe Dios lo que me pesa
que me lo mandara á mí.
IRENE. ¿Qué os ha mandado? Decí.
ANDRON. Que lleve á una torre presa
á vuestra Alteza.
TARSO. ¿Qué dijo?
FLORILO. Presa parece que oí.
IRENE. ¿Mi hijo me prende á mí?
ANDRON. Sí, señora.
IRENE. ¡Qué buen hijo!
ANDRON. En una torre me manda
que os ponga guardas.
IRENE. Pues ¿qué
le han dicho de mí?
ANDRON. No sé.
IRENE. Yo sí, que bueno el mundo anda.
No es muy difícil saber
que, pues á Nerón se iguala,
si me prende, no es por mala,
mas porque él lo pueda ser.
Que viva en prisión ordena
porque no lo esté su antojo,
que la reprehensión al ojo
mil liviandades refrena.
Y pues prenderme ha mandado
cuando sus vicios refreno,
despedazar quiere el freno
para correr desbocado.
Corra, que este vituperio
venganza vendrá á tener,
que yo sé que ha de correr
hasta atropellar su Imperio.
¿Dónde Constantino está?
ANDRON. En la casa de placer
del monte.
IRENE. Quiérole ver;
llevadme primero allá.
ANDRON. No puedo en eso serviros,
y de ello el alma se corre;
luego manda que á una torre
os lleve, sin consentiros,
señora, que á su presencia
lleguéis.
IRENE. ¿Aqueso os mandó?
ANDRON. Plugiera al cielo que yo
pudiese hacerlo.

IRENE. Paciencia.
Vamos, pues lo manda así.
Amigos, adiós, adiós.
TARSO. Yo, señora, iré con vos;
de mí, señora, os serví;
yo iré en vuestra compañía.
IRENE. No, Tarso; ya querrá el cielo
que vuelva á ver este suelo
con más contento algún día.
TARSO. Quedando sin vos me allijo.
IRENE. Adiós; vamos de aquí, Andronio.
(Llévanta.)
DINAMPO. ¿Aqueste es hijo ó demonio?
TARSO. Demonio sí, mas no hijo. (Vanse.)

ESCENA XIII

Sale CAROLA sola.

Blasone el hombre arrogante
que es un diamante en sus hechos,
que hoy he visto en un instante
que hay diamantes contrahechos
y que se quiebra el diamante.
Bien puede ser este error,
y el hombre, por varios modos,
ser firme, y más en amor,
mas conmigo pierden todos
hoy por el Emperador;
porque si bien me quisiera
con más amor me mirara;
pero, si me aborreciera,
el desposorio aguardara
que en Constantinopla fuera.
Declarad, piadosos cielos,
este caos de mis recelos,
este nuevo laberinto,
aqueste infierno que os pinto
de confusión y de celos.
Este enigma que se ofrece
el alma confusa aquí,
pues Constantino parece
que amándome á mí sin mí,
cuando me ama me aborrece.

ESCENA XIV

Sale LIDORA.—DICHA.

LIDORA. ¿En qué andáis, travieso amor?
Mas ¿diréis que no es error
el que aquesta noche hiciste,
cuando la fuerza rendiste
de mi honra al Emperador;
y que si la gente infama
la mujer con justa ley
que así mancha su honra y fama
no pierde nada si un Rey
su amor solicita y ama?
Murmúrese, pues, mi exceso
que (1) haber dado ser y honor,
porque de un Emperador
esposa ser intereso.

(1) En los impresos así; pero, como falta un verso á
la quintilla, está oscuro el sentido.

CAROLA. Lidora, ¿qué suspensión os trae confusa y en (1) calma?

LIDORA. Nuevos pensamientos son y pretensiones de un alma que ya se juzga Faetón.

CAROLA. ¿Faetón? ¿Tan alta subida intenta?

LIDORA. Desvanecida, quiere con él competir.

CAROLA. ¿Y no teme que el subir espera mayor caída?

LIDORA. Ella se sabrá tener.

CAROLA. Tal seguridad no es buena; guardaos, no seais Lucifer en pretender silla ajena, que será cierto el caer.

LIDORA. ¿Ajena? ¿Qué patrimonio da señal ó testimonio de que tiene dueño ajeno?

CAROLA. ¿Qué patrimonio? ¿No es bueno el del santo matrimonio?

LIDORA. ¡Jesús! aqúese hasta ahora está en cierce, otro mejor tiene el alma en quien la adora, que es un vínculo de amor y mayorazgo.

CAROLA. ¡Ay, Lidora, mira lo que haces; mira que hay Dios y que si se aña, castigará con rigor; mira que el Emperador es mi esposo, y que suspira por él mi alma, Lidora.

LIDORA. Miro, que como no eres buena para imperar, quieres ser para predicadora; (2) no me canses.

CAROLA. Ya comienza en ti á campar la falta de honor; no habrá quien te venza, que cuando la honra falta también falta la vergüenza.

LIDORA. Si la lengua no reprimes, forzaréte á que me estimes, cortándotela á raíz.

CAROLA. ¡Villanal! ¿á tu Emperatriz?

LIDORA. ¿Emperatriz? ¡Qué sublimes pensamientos! el renombre me agrada; deja el humillo, que eres, para que te asombre, sólo Emperatriz de anillo, y no tienes más que el nombre. Y no hagas tanta cuenta del título que te afrenta, pues eres, con tal blasón, Emperatriz á pensión, y he de gozar yo la renta. Que el cielo, que galardona contra la opinión que tienes y ennoblece una persona, podría ser que á mis sienes trasladase tu corona.

CAROLA. Como el mundo anda al revés no es mucho que en eso des,

(1) ¿Será esino?

(2) Falta un verso, pues son todas quintillas.

y que suba tu bajeza á coronar tu cabeza de descalzarme los pies. Mas, cuando estés coronada, ¿no te parece, Lidora, que quedaré más honrada, pues tendré, siendo señora, una Emperatriz criada?

LIDORA. Norabuena sea así; resulte la honra en ti y yo goce tu apellido, que si hasta aquí te he servido, tú me servirás á mí.

CAROLA. ¿Yo á ti, soez, baja, loca? Cuando el laurel imperial me quite mi dicha poca, ¿no soy yo de sangre real? ¿y tú?

LIDORA. Refrena la boca, que si mi enojo echa el resto, haréte arrepentir presto.

CAROLA. ¿A mí, ramera de Grecia? ¿mal nacida?

LIDORA. Toma, necia. (Dale Lidora á la Infanta un bofetón.)

CAROLA. ¡Ay, Dios! ¿Bofetón?

ESCENA XV

Salen CONSTANTINO, LEONCIO y ANDRONIO.—DICHAS.

CONSTAN. ¿Qué es esto?

LIDORA. (Ap.) Constantino viene aquí; fingiré que recibí el bofetón que di. ¡Ay, Dios! Lidora mía!

LIDORA. ¿Por vos tienen de tratarme así? ¿Por vos injuria tan clara? ¿Por vos llamarme ramera? ¿Por vos la mano en mi cara la Infanta?

CONSTAN. ¡La Infanta muera!

CAROLA. (Ap.) ¿Vióse insolencia más rara? Mas para que con razón todo en aquesta ocasión ande al revés, no me espanto que ésta forme queja y llanto y yo lleve el bofetón. Más vale que pase así; y aunque yo sea la injuriada, que piense el mundo que di bofetón á mi criada, y no que le recibí. Es verdad; yo castigué (A ellos.) á quien tan soberbia fué que se descomidió ahora contra su propia señora.

CONSTAN. Pues ¿cómo el cielo, que ve su bella luna eclipsada, con un castigo ejemplar no la ha dejado dañada? (1)

CAROLA. Pues ¿es nuevo castigar la señora á su criada?

(1) Así en el original; pero la reimpresión corrigió con acierto escribiendo «vengada».

CONSTAN. Calla, asombro de mi gusto. Llévela presa.

LEONCIO. Señora, tener paciencia aquí es justo. (Ap.) No sabrá así que á Lidora anoche gocé, el Augusto.

CONSTAN. Vamos, que con palio honroso vuestro nombre haré famoso en venganza desta afrenta, siendo con fiesta opulenta, bella prenda, vuestro esposo. Ea, pues, que ya es razón que cese aquesa pasión, mi bien. Basta ya, veni.

LIDORA. ¿Suélese olvidar así la injuria de un bofetón?

(Vanse Constantino y Lidora.)

ESCENA XVI

CAROLA y LEONCIO.

CAROLA. Vamos, pues gusta que presa padezca, el Emperador.

LEONCIO. Mientras que su enojo cesa, sufrid aqueste rigor, Infanta, que de él me pesa.

CAROLA. ¡Qué bueno anda el mundo ahora! Despreciada la señora; antepuesta la criada; presa la que está injuriada, con honra la que es traidora. La que descalzó mis pies, entronizada en el puesto del imperio. Mas poco es en la república aquesto, que es república al revés.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen LIDORA y CLODIO vestidos de camino.

CLODIO. Tan lleno de pesares quedé cuando partiste, que con el menor de ellos fué mucho no morir. Maldije el griego imperio y á la Infanta maldije, que fué ocasión. señora, de aquella ausencia triste. En ella de mi pena pensaba divertirme con ejercicios varios, sin tu presencia viles. Sali á cazar mil veces, y otras tantas volvíme, porque me daban caza pensamientos terribles. Perdía si jugaba, que como perdió Chipre tu agradable presencia, perdiéndose él, perdíme.

Quisieron mis amigos con pláticas sutiles entretener mis penas; mas como siempre aflige al que es discreto el necio, al soberbio el humilde, y al avariento el pobre, así al amante el libre. Con otras hermosuras poner remedio quise al fuego que en el alma, en viéndote, encendiste. Mas era echar más leña, porque es necio el que dice que el amor más constante con otro amor se rinde. En fin, cuantos remedios en su *Ars amandi* escribe Ovidio, el desterrado, tantos propuse é hice. Mas como al que es de muerte de tormento le sirven las medicinas varias que el médico apercibe, empeoré con ellos; ¡mal haya amén, quien dice que es remedio la ausencia para que amor se olvide! ¡Qué de veces rondaba las paredes felices que habitación te dieron cuando mi mal oíste! ¡Y qué de veces, loco, desde tus rejas quise, llamándote, Anajarte, representar un Iphis! Las sabrosas palabras y prendas que me diste eran de mi naufragio la tabla conveniente. Mas todo aquesto era, sin verte, hermosa Circe, cual vela que se acaba, arder para morirme. Vime, en fin, tan enfermo, tan desahuciado vime, que hacer una novena á tu hermosura quise. Llegué á Constantinopla; y apenas de un esquite á tierra salté, cuando en un carro sublime de perlas, marfil y oro, mis ojos hechos lince, te vi llevar debajo de un rico palio; ¡ay triste! Creí que me engañaba; llegué á un hombre y le dije: ¿Carola no es aquélla, hija del Rey de Chipre? Respondió: «No es la Infanta que esa dama infelice trajo consigo el daño que su ventura oprime. Una criada es suya á quien el César rinde la cerviz de su imperio

porque es de su amor Circe.»
Quedéme casi muerto,
y vi que el vulgo libre
te echaba maldiciones,
y aun yo ayudarle quise;
y de mi muerte cierto,
pues miro ya imposible
mi débil esperanza,
antes que se marchite,
busqué ocasión de darte,
cruel más que Bisiris,
el parabién del lauro
que en tu cabeza ciñes.
¿Quién duda que si antes
amando, me tuviste
en Chipre por tu Adonis,
aquí seré Tersites?
Ya pisas oro y perlas,
diamantes y rubíes,
¿quién duda que con ellos
también mis dichas pises?
Castigüente los cielos;
pero no te castiguen,
sino que con mi muerte
de tanto mal me libren.

LIDORA. ¡Qué extraordinario gusto
me da, Clodio, el oírte
aquesas tiernas quejas
que dentro el alma imprimes!
¡Oh, qué contento causan
los celos apacibles
tras una larga ausencia
de dos amantes firmes!
Muy bien venido seas,
deja temores viles,
que aunque el Imperio gozo,
no es ocasión que olvide
el abecé primero
que el alma estudió en Chipre,
cuando de esclava tuya
la argolla le pusiste.
Mi hermano finge que eres,
que yo haré, si lo finges,
que rijas el Imperio.

CLODIO. Cesó el obscuro eclipse
de mis confusos celos;
aquesos brazos ciñe
á mi dichoso cuello,
que hoy miro un imposible
en tí, mi bien, pues eres
mujer y mujer firme.

LIDORA. El César, Clodio, viene.
CLODIO. Yo haré lo que me dices.

ESCENA II

*Salen CONSTANTINO, HONORATO, senador viejo,
LEONCIO, MACRINO, ANDRONIO y otros. -- Dichos.*

CONSTAN. ¿Qué es lo que me pide, pues,
el Senado?

HONORAT. Cosas justas,
que diré, señor, si gustas.

CONSTAN. Dilas.

HONORAT. La primera es
suplicarte toda Grecia,
y en nombre suyo el Senado,

en albricias del estado
que Dios te dió, si es que precia
tu Alteza su autoridad,
que les des un día feliz
poniendo á su Emperatriz,
y tu madre, en libertad.
Y piensa que hacerlo así
como el Senado te exhorta,
aunque mucho nos importa,
más, señor, te importa á ti.
Porque las murmuraciones
del vulgo y de los soldados
que por ella gobernados
vencieron tantas naciones,
publican que es vituperio
de Grecia y de su nación
que consientan en prisión
á quien defendió su Imperio.
Todas la lloran y, en fin,
como la aman en extremo,
si dura su prisión, temo
algún popular motín.

CONSTAN. ¿Piden más?

HONORAT. Sí, que á la Infanta
de Chipre, pues es tu esposa,
tan discreta, tan hermosa,
tan prudente, honesta y santa,
el nombre y estado des
que goza quien le ha usurpado;
y que pues te has desposado
con ella, es razón que estés
advertido que no puedes,
mientras viviere, tener
á Lidora por mujer,
pues los límites excedes
de la ley que puso Dios,
cuando justamente veda
que ningún cristiano pueda
vivir casado con dos.
Este es el consejo sabio
que te suplican que admitas,
gran Monarca; no permitas
el intolerable agravio
con que Irene, presa está;
mira que tu madre Irene
en pie aqúeste Imperio tiene,
que ya cayendo se va.
Si á clemencia te provoco
no dejes de ejecutalla;
mira, invicto César...

CONSTAN. Calla;
no digas más, viejo loco.

¿Qué donosa petición
para gobernar mi Estado!
Hoy verá el griego Senado
en mí un Cómodo, un Nerón.
¿El ha de regirme á mí?
¿Es este el mundo al revés?

HONORAT. Ni aqúese nombre le des
ni te alborotes así;
que si envía á suplicarte
lo que he venido á advertirte,
no es, señor, para regirte,
sino para aconsejarte.

¿Qué monarca ó rey desprecia
el consejo, si es prudente?

CONSTAN. Yo basto y soy suficiente

ESCENA III

Dichos, menos HONORATO.

CONSTAN. Andronio.

ANDRON. ¿Gran señor?

CONSTAN. Corre

donde mi madre está presa
y con diligencia y priesa,
dentro de la misma torre
la da un garrote.

ANDRON. ¿Qué dices?

¿á tu madre?

CONSTAN. ¡Ola! También
á aqúeste muerte le den.

ANDRON. ¿A mí?

CONSTAN. No te escandalices;

ó á mi madre mata, ó muere.

ANDRON. Yo haré, señor, lo que mandas.

¡Ay mundo, y qué al revés andas!

(Vase.)

ESCENA IV

Dichos, menos ANDRONIS.

CONSTAN. Si el Imperio darle quiere,
su silla, justo es me cuadre
la seguridad que elijo,
que no seré el primer hijo
que dé la muerte á su madre.
Leoncio, ve por Carola.

LEONCIO. Yo voy. *(Vase.)*

ESCENA V

Dichos, menos LEONCIO.

CONSTAN. Quiero que á su tierra
se vuelva, y hágame guerra
su padre, que si enarbola
el mundo sus estandartes
contra mí, poco el mundo es,
que pues se cayó á mis pies,
no temo sus cuatro partes.
Sólo con rigor se doma
este extraño monstruo griego,
que estoy por ponerle fuego
como Nerón hizo á Roma.

ESCENA VI

LIDORA, CONSTANTINO y CLODIO.

LIDORA. ¿Tan enojado, señor?

CONSTAN. La luz de esos bellos ojos
desterraron mis enojos;
ya se acabó mi rigor.

LIDORA. ¿Con quién la cólera ha sido?

CONSTAN. Contra quien privarme gusta
de vos; mirad si es bien justa.

LIDORA. ¿Cómo?

CONSTAN. Hanme persuadido

á que, viviendo la Infanta,

vos no podéis ser mi esposa.

LIDORA. Remediarlo es fácil cosa,
dadla muerte.

CONSTAN. Crueldad tanta
no es bien que de mí se piense;

para gobernar á Grecia.
El Senado no ha de dar,
sin pedirle, parecer,
que él sólo ha de obedecer
y yo solo he de mandar.
Sus livianos pareceres
muestran lo que han estudiado;
yo haré de su vil Senado
un Senado de mujeres.
Basta, que es donoso cuento
que con livianos consejos
me quieran dar cuatro viejos
mujer á mi descontento.
Si á mi madre tengo presa
es porque viva en sosiego
mi Estado é Imperio griego,
y si al Senado le pesa
de que la tenga en prisión,
no ignora la deslealtad,
que en dándola libertad
ha de intentar su traición.
Ya sé que quiere que torne
al trono Imperial que pierde,
y que con el lauro verde
su frente otra vez adorne.

HONORAT. Mira, gran señor...

CONSTAN. Ya es tarde;
vuestro intento es manifiesto:
yo lo remediaré presto.
Parte al Senado cobarde
con los soldados, Macrino,
de mi guarda, y prende luego
todo ese Senado ciego
autor de tal desatino;
y con basquiñas y tocas,
para que el vulgo provoques,
ponles ruelas por estoques,
que sus pretensiones locas
declaren, y de esta traza,
porque mejor los convenza
su locura, á la vergüenza
estén todo hoy en la plaza;
porque soy de parecer
que como mujeres vean
los que el Imperio desean
que gobierne una mujer.
Y á este loco y vano viejo
en ella le harás colgar,
que así le quiero pagar
su locura ó su consejo.

HONORAT. Señor...

CONSTAN. Llévalos.

HONORAT. Advierte...

CONSTAN. Ea, llévalos de aquí.

HONORAT. Ejecuta luego en mí
este castigo, esa muerte,
y deja libre el Senado,
que es en tu Imperio el espejo
de la prudencia y consejo.

CONSTAN. Buenas muestras de esto han dado.

¿Qué aguardas?, llévalos pues.

MACRINO. Ya, gran señor, te obedezco.

HONORAT. Por dar consejos padezco.

¡Ay República al revés!

(Llévale Macrino.)

- á su padre la enviaré,
y ausente una vez, yo haré
que el Patriarca dispense
en nuestras bodas. ¿Quién es
el que está con vos, señora?
- CLODIO. Hermano soy de Lidora;
dame á besar estos pies.
- CONSTAN. ¿Qué dices?
- LIDORA. Hermano es mío,
que á asistir en tu servicio
viene de Chipre.
- CONSTAN. Da indicio
de serlo su talle y brio;
y pues es ya mi cuñado,
justo es honrarle desde hoy;
el cargo noble le doy
de Secretario de Estado,
que es oficio de valor.
- CLODIO. Haga tu nombre imperial
la fama y tiempo inmortal.
- LIDORA. Danos esos pies, señor.
- CONSTAN. ¿Cómo es tu nombre?
- CLODIO. Liberio.
(Como me mudé en otro hombre
también quiero mudar nombre.)
- CONSTAN. Tú gobernarás mi imperio.

ESCENA VII

Salen LEONCIO y CAROLA.--DICHOS.

- LEONCIO. Aquí está, señor, la Infanta.
- CONSTAN. Seais, señora, bien venida.
Sentaos. (Siéntanse los tres.)
- CAROLA. ¡Ay Dios, si la vida
fenebiese en pena tanta!
- LEONCIO. Ahora el Emperador
viene á saber mi delito,
y si el castigo no evito
mataráme su rigor.
Adiós inútil privanza,
que no halla otro remedio
como poner tierra en medio
de mi vida la esperanza.
Grecia ¡adiós! que de este modo
librar mi vida procuro,
pues mal viviré seguro
donde anda revuelto todo. (Vase.)

ESCENA VIII

Dichos, menos LEONCIO.

- CONSTAN. Sabe el cielo el descontento
que me causa el no poder,
Infanta, satisfacer
vuestro justo sentimiento.
Viniste de Chipre á Grecia
á darme mano de esposa,
y fuérades venturosa
si, como os estima y precia
mi conocimiento, os diera
posesión mi voluntad
y al peso de la beldad,
que en vos confiesa, os quisiera.
Sólo sigue sus antojos
amor, cuando un alma exalta,

que por tener esta falta
le suelen pintar sin ojos.
Y pues son las calidades
del amor cierta influencia,
lazada ó correspondencia
que anuda dos voluntades,
y aquesta el cielo ha querido
que nos falte á mí y á vos,
habiendo este ciego dios
para mi esposa escogido
á Lidora, será fuerza
que admitiendo mi disculpa,
y echando al amor la culpa
que á la razón vence y fuerza,
á vuestro reino os tornéis,
que vuestra mucha hermosura
y grandeza os asegura,
señora, que cobraréis
pronto el contento perdido,
siendo de algún Rey esposa
con quien seáis más dichosa
que conmigo lo habéis sido.
Yo he escrito al Rey, vuestro padre,
Infanta, el caso presente
que, siendo como es prudente,
no dudaré que le cuadre.
Y en volviendo de la guerra
el Infante, vuestro hermano,
premiándole de mi mano
se volverá á vuestra tierra.
¿Cuándo intentáis de partiros?

- CAROLA. Cuando la vida se parta;
que ya de desdichas harta
se va partiendo en suspiros.
Monarca de todo Oriente,
querido esposo y señor,
que este título he de darte
aunque otra me le usurpó:
La prueba de mi paciencia,
la fuerza de mi razón,
las quejas de mis agravios,
la pérdida de mi honor,
todas tu dureza ablanden
y con ellas el amor
que va creciendo en mi pecho
al paso de tu rigor.
Dicen que un retrato mío
que miraste fué ocasión
de pedirme por esposa
al Rey, mi padre y señor.
¡Mal haya el pincel, la tabla,
la idea, mano y color
que vida á mi imagen dieron,
pues mi muerte ahora son!
Pudo ser que en mi belleza
mintiese el sutil pintor
y que, visto el desengaño,
causase tu desamor.
Mas si la propia alabanza
es justa en la oposición
presente, porque redima
con ella mi obligación.
Bien sabe Grecia, y tú sabes,
cuántos los Príncipes son
que por mi causa han sufrido
más que por Raquel Jacob.
Y entre todos te escogí,

- no por ser Emperador
de Grecia, sino por serlo
del alma que te adoró.
¿Por qué, pues, con tal crueldad,
ya que imitas á Absalón
en belleza, quieres serlo
en el desdén y el rigor?
Mas, no puede persuadirse
mi afligido corazón
que le desprecies de veras.
¿Es así? Yo sé que no.
Si ha sido para probar
de mi fineza el valor,
mi lealtad y sufrimiento,
bien ves cuán de prueba soy.
¿No doy ventaja en quererte
á cuantas mujeres, dió
en el amor conyugal
nombre la fama veloz?
Ni amaron á sus maridos
con más firmeza que yo
Porcia, Penélope, Julia,
Evadnes, Pantea y Michol.
No permitas, César, pues,
que volviendo á Chipre yo,
mi infamia y deshonor vea
el padre que me engendró.
Abre primero este pecho,
y en él verás que estampó
tu imagen, siendo pinceles
sus llamas tiernas, amor.
Ea, vierte aquesta sangre;
mas ¡ay! que tengo temor
que porque morir deseo
suspendes la ejecución.
Mas, pues, con tan poca dicha
la fortuna el ser me dió
que aun para que me des muerte
quiere que busque favor,
(De rodillas.)
postrada á tus pies, Lidora,
te suplico, si es que yo
merezco algo, porque he sido
de tu dicha la ocasión,
que de Constantino alcance
mi muerte tu intercesión,
siquiera porque os gocéis
con buen título los dos.
Ves aquí al revés el mundo:
á tus pies postrada estoy,
y, pues que pisan el orbe,
sobre mi cara los pon,
que no es mucho que los pies
ponga en ella quien osó
poner las manos el día
que me diste un bofetón.
(Levántase.)
¡Cielos! ¿que aun morir no alcanzo?
pero ¿cuándo lo alcancó
el perseguido infelice?
ni ¿quién lo fué más que yo?
Mas ¿qué digo, esposo mío?
tu obediente mujer soy;
donde quisieres me lleva,
contenta á mi patria voy;
que en medio de las injurias
de tu desdén y el dolor

de mi padre, estaré alegre
por ver que el cielo me dió
para consolar mis males
fruto de la primer flor
que en el tálamo cogiste,
con ser dueño, cual ladrón.
Dentro en mis entrañas siento
prenda tuya; quiera Dios
que á luz salga...

- CONSTAN. ¿Prenda mía?
¿Cómo es eso?
- CAROLA. Luego, ¿no?
- CONSTAN. ¿Estás fuera de ti, Infanta?
¿Cuándo te he gozado yo?
- CAROLA. ¿Querrás negarlo también?
No fué en vano mi temor;
la obscuridad de la noche
que el cielo me desposó
contigo sabe que he dicho
la verdad.
- CONSTAN. Aquí hay traición.
La noche del desposorio,
¿no fuísteis, señora, vos
quien hizo mi dicha cierta?
- LIDORA. Vuestra esposa fui, señor.
- CAROLA. ¿Qué es esto que escucho, cielos?
¿Qué oís, triste corazón?
¿Con tan grande testimonio
os quieren manchar, honor?
Ya no es posible tener
paciencia; tu pretensión
entiendo, monstruo del mundo;
ya sé que queréis los dos
acusarme de adulterio
para que podáis mejor
con aparentes disculpas
gozar vuestro infame amor.
No en vano con tal recato
me entraste á engañar traidor
la noche de mi desdicha;
ya he entendido la ficción
que tan confusa me tuvo
cuando aquesa misma voz
me llamaba su Lidora,
su luz, su cielo, su sol.
Por engañarme lo hiciste.
- CONSTAN. ¡Vió el mundo tal confusión!
¿Qué es de Leoncio? Llamadle.
- SOLD. 1.º Á llamarle, señor, voy.
- CAROLA. Querrás que testigo sea,
aunque falso, de este error,
y no me espanto, pues hubo
quien jurase contra Dios.
Bien trazado va tu enredo,
aunque para mí no son
estas marañas bastantes,
que bien te conocí yo.
(Sale quien fué á buscar á Leoncio.)
- SOLD. 1.º No hay quien en toda la casa
halle á Leoncio, señor;
sólo un mozo de caballos
dice que ensillar mandó
uno de monte poco ha,
y que, mudado el color
del semblante, se fué solo.
- CONSTAN. Leoncio me fué traidor.
Despachad postas tras él,